

EL ESPLENDOR DE LA DIVERSIDAD
(SOBRE EL PENSAMIENTO, LA DIFERENCIA Y LOS MITOS)¹

Michaelle Ascencio (†)

Universidad Central de Venezuela

RESUMEN

El ensayo “El Esplendor de la diversidad” constituye un homenaje a uno de los antropólogos que más ha contribuido a la comprensión del funcionamiento del espíritu humano: Claude Lévi-Strauss. El texto invita a la superación de los prejuicios como primera disposición para conocer y aceptar la diversidad como categoría universal, frente al reduccionismo y rigidez del concepto de identidad en cualquiera de sus modalidades. También contiene una crítica a los procesos de mitificación y plantea el estudio de los mitos como muestra de la diversidad y de la transformación del pensamiento para captar las diferencias que el mundo y los seres humanos ofrecen.

Palabras clave: diferencia, mito, igualdad, diversidad.

ABSTRACT

THE SPLENDOR OF DIVERSITY (ABOUT THOUGHT, DIFFERENCE AND MYTHS)

The Splendor of Diversity is an essay which is a tribute to one of the anthropologists who has contributed the most to the understanding of the functioning of the human spirit; Claude Lévi-Strauss. The text invites us to overcome our initial prejudices to identify and accept diversity as a universal category in the presence of reductionism and rigidity of the concept of identity in any of its modalities. It also criticizes the processes of mythification and contemplates the study of myths as a sign of diversity and transformation of thought to capture the differences found in the world and within human beings.

Keywords: difference, myth, equality, diversity, Claude Lévi-Strauss.

¹ Lección Inaugural de los Postgrados de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela. 12 de marzo de 2009.

RÉSUMÉ

LA SPLENDEUR DE LA DIVERSITÉ (À PROPOS DE LA PENSÉE, LA DIFFERENCE ET LES MYTHES)

L'essai «La splendeur de la diversité» est un hommage à l'un des anthropologues qui a le plus contribué à la compréhension du fonctionnement de l'esprit humain : Claude Lévi-Strauss. Le texte invite au dépassement des préjugés comme première disposition pour connaître et accepter la diversité comme catégorie universelle, contre le réductionnisme et la rigidité du concept d'identité dans chacune de ses modalités. Il contient également une critique des processus de mythification et propose l'étude des mythes comme exemple de la diversité et la transformation de la pensée pour saisir les différences qu'offrent le monde et les êtres humains.

Mots-clés : différence, mythe, égalité, diversité, Claude Lévi-Strauss.

RESUMO

O ESPLENDOR DA DIVERSIDADE (SOBRE OPENSAMENTO, A DIFERENÇA E OS MITOS)

O ensaio “O Esplendor da Diversidade” é uma homenagem a um dos antropólogos que mais contribuiu para a compreensão do funcionamento do espírito humano: Claude Lévi-Strauss. O texto convida-nos a ultrapassar preconceitos como primeiro passo para conhecer e aceitar a diversidade como categoria universal, por oposição ao reducionismo e rigidez do conceito de identidade em qualquer das suas modalidades. Este ensaio também contém uma crítica dos processos de mitificação e propõe o estudo dos mitos como exemplo de diversidade e de transformação do pensamento, a fim de compreender as diferenças que o mundo e os seres humanos oferecem.

Palabras chave: diferença, mito, igualdade, diversidade, Claude Lévi-Strauss

Lévi-Strauss, el más importante de los antropólogos del siglo XX, dijo en una entrevista que había estudiado los mitos de los indígenas americanos *para tratar de entender el funcionamiento del pensamiento humano*. Imaginemos a un joven académico francés viviendo por un tiempo entre los indios bororo del Brasil. De ese encuentro no puede surgir sino curiosidad y asombro. Asombro y curiosidad, pero también interrogantes que abren las puertas al conocimiento de ese extraño que tengo frente a mí. *Tristes trópicos*, la obra que escribirá de su regreso del Brasil, es un recuento de esa primera experiencia y de la huella que dejó ese acercamiento a lo desconocido en la escritura. La nostalgia de esa vivencia es un tema que perdura en los libros posteriores del antropólogo y que toca, en cada uno de sus lectores, esa fibra, esa tensión que nos lanza a la aventura y propicia el encuentro con lo extraño y con lo exótico. Y así como los bororo entraron con la publicación de *Tristes trópicos* en la cultura occidental, así el antropólogo francés debe haber también dejado una marca en la tradición oral de los indios del Brasil.

La escogencia de un grupo humano tan alejado y diferente de la cultura a la que pertenece el investigador se puede entender como una primera intuición del axioma que se repetirá en toda la obra posterior de Lévi-Strauss: *sólo se conoce por diferencia*. Así, el conocimiento sobre los bororo aflorará por el contraste que se establece entre las visiones del mundo, las formas de pensamiento y la conducta del investigador y de los investigados. Lo que se denomina *el terreno* en la Antropología, y que se constituye en el objeto de la investigación, viene siendo un lugar, una cultura, un grupo social que el investigador no conoce y que, por eso mismo, desea investigar. El terreno tiene entonces una doble finalidad: conocer un aspecto desconocido de la realidad y romper con los prejuicios que el investigador necesariamente trae de su propia cultura. Instalados en lo familiar, en lo que suponemos conocido, en nuestro patio, vamos perdiendo la visión de las diferencias y, más aún, vamos perdiendo la capacidad de asombrarnos y de emocionarnos con cada descubrimiento, con cada situación nueva que la existencia nos ofrece. Lévi-Strauss, como buen antropólogo, no rompe con la norma que rige la elección del terreno y salta, por así decirlo, por encima de sus prejuicios, y saltando también por encima del Océano, se coloca de una vez frente a una realidad desconocida ante la que, teóricamente, no debería tener ningún juicio previo, es decir, ningún prejuicio.

Si he comenzado por contarles los primeros pasos de un joven humanista (Lévi-Strauss se graduó en filosofía, en la Sorbona) no es para invitarlos a

recorrer tierras lejanas y estudiar sociedades aún no tocadas por la cultura occidental. Creo que el turismo y la propia antropología se han encargado de explorar y hacer documentales y reportajes sobre los grupos humanos y las culturas más recónditas de la tierra. He comenzado por hablarles de Lévi-Strauss y del terreno para invitarlos a convertirnos en terreno de nosotros mismos, para abocarnos al estudio de nuestra propia sociedad en la que hay tantos aspectos que todavía no hemos investigado y que apenas conocemos. Y para invitarlos también a superar, sobre todo, ese prejuicio generalizado que supone que los integrantes de una misma cultura piensan o actúan de manera semejante. Tendemos a pensar que, salvo por diferencias circunstanciales o locales que se producen en un momento dado, la noción de *identidad cultural* puede ser generalmente aplicada a un grupo humano que hemos previamente definido como etnia o nación. La vaguedad de esta noción de identidad deja mucho que desear cuando pasamos a la investigación de los diferentes grupos que conforman una sociedad, sean clases, castas, grupos de género, de edad... Siempre llegará el momento en que las diferencias que exhiban los miembros del grupo en cuestión no puedan ser tratadas como si fueran semejantes. En la vida diaria obviamos nuestras diferencias y nos tratamos *como si* todos fuéramos semejantes: es la estrategia, una especie de acuerdo tácito que empleamos para evitar conflictos y para reforzar los lazos que mantienen a la comunidad unida. Si nos remontamos a los comienzos de la humanidad veremos que, en principio, toda cultura suma, y la exogamia invita a casarnos con nuestros enemigos. Esta invitación a sumar y a convivir fue lo que permitió el crecimiento de la humanidad y la formación y consolidación de la cultura. Sumar siempre y no restar es el principio que rige la expansión del Homo Sapiens.

Pero cuando las diferencias ya no pueden ser tratadas como semejantes, cuando el *como si* ya no nos funciona, es que hemos dejado de ver a nuestro prójimo como semejante, es que no nos vemos reflejados en él y lo percibimos como extraño. Desde tempranas épocas, la humanidad ha tenido dos actitudes ante el desconocido: la primera es, precisamente, la de la curiosidad frente a lo exótico. De esta curiosidad surge, como en el joven Lévi-Strauss, el deseo de conocer, deseo éste que suma, que dilata nuestra visión del mundo, que amplía nuestros conocimientos sobre la realidad. Rechazar al extraño es la otra estrategia de la cultura para ignorar, anular o liquidar a ese prójimo que produce una perturbación, precisamente por ser diferente. Grave cosa ocurre cuando el extraño se aloja dentro de nosotros, cuando nos convertimos en

extraños para nosotros mismos. La literatura de todos los tiempos ha dado cuenta de esta inquietante extrañeza que nos sobrecoge cuando no reconocemos la humanidad en nuestros semejantes o peor aún, cuando no la reconocemos en nosotros mismos: dragones, dráculas, fantasmas, marcianos son, generalmente, personajes que simbolizan el otro desconocido en el que se proyectan todo tipo de amenazas, de malas intenciones y de poderes nefastos. La literatura oral está llena de estos personajes atemorizadores, pero también la literatura escrita, cuentos y novelas, desde Edgard Allan Poe hasta Franz Kafka con el personaje que al despertar se ve en el espejo convertido en una cucaracha.

Es en estas situaciones, cuando desconocemos a nuestro prójimo, cuando dejamos de percibir al otro como semejante, que el espíritu humano, que nuestra facultad de pensar se pone a prueba: son oportunidades para demostrarnos que creemos en la unidad psíquica del género humano, que creemos realmente que Homo Sapiens, la especie humana, está en todos los lugares donde se encuentre un ser humano. Fue Lewis Morgan, por cierto, para muchos el fundador de la Antropología Social, el que proclamó la unidad psíquica del género humano, cuando estudió las sociedades indígenas de Norteamérica y concluyó que los indios iroqueses o los apaches no son menos civilizados que los griegos y los romanos.

Colocarnos frente al objeto de investigación que vamos a estudiar como se colocó Lévi-Strauss frente a los bororo, con esa actitud de asombro y con ese espíritu de explorador y sabiendo, además, que iroqueses, romanos, esquimales y pigmeos, irlandeses y venezolanos son la misma *gens*, la misma gente: he ahí lo que hace saltar la chispa del pensamiento para que el objeto se muestre, y como los cofres encantados de los cuentos de hadas, se abra a la comprensión y muestre sus tesoros. La sorpresa ante el fenómeno dado era una recomendación de los estructuralistas a los que se iniciaban en la investigación. Me parece que podemos seguir recomendándola. Y así como el poeta épico se asombra ante la abigarrada variedad del mundo, ante el esplendor de la diversidad que se exhibe ante sus ojos, e invocando a la musa comienza a cantar, así nosotros, llevados por el mismo asombro y la misma sorpresa, nos acercamos a nuestro objeto, impidiendo, con esta actitud, que los prejuicios, los lugares comunes y los clichés puedan ponerse en marcha y nublar la diversidad, opacando o tergiversando el conocimiento de la realidad.

Los prejuicios, como bien lo sabemos, son estados de opinión, opiniones que constituyen la negación de toda reflexión, de toda indagación en cuanto

petrifican al mundo, congelándolo en una visión ya dada, cosificada. La homogeneización, la igualación, la nivelación; en última instancia, la eliminación de las diferencias no puede sino conducir a la reducción y al empobrecimiento de nuestro conocimiento de la realidad. No nos confundamos además: la unidad psíquica del género humano significa que un iroqués, un romano, un goajiro y un inglés tienen las mismas capacidades para desarrollarse en todos los ámbitos de la cultura, cada uno en su estilo y a su manera. En otras palabras, Homo Sapiens es el mismo en todas partes en su diversidad cultural, en la pluralidad de sus manifestaciones técnicas, artísticas, místicas, y en sus estilos de pensar, en sus maneras en la mesa y en sus formas de convivir.

La *diferencia* es un concepto antropológico fundamental en la teoría de Lévi-Strauss. Diferenciar es la primera operación del espíritu humano para conocer el mundo y, por ende, es el primer principio clasificador de la realidad, al separar las plantas comestibles de las no comestibles, los animales domesticados de los animales salvajes, las tribus amigas de las enemigas. Lévi-Strauss, que ha estudiado en profundidad las clasificaciones de los pueblos llamados *Primitivos*, afirma que el principio clasificador basado en el binarismo está en la propia naturaleza y tiene como primer modelo a nuestro propio cuerpo. Cielo y tierra, hombre/mujer, arriba/abajo, izquierda/derecha, día/noche, alto/bajo, frío/calor, constituyen el patrimonio común de la humanidad, la realidad primera con la que cada grupo construye su cultura. A partir de este modo de ordenar al mundo se da también la oposición entre humano y animal, y de una forma más abstracta entre humano y no-humano, oposición de signo nefasto que puede, en nombre de un poder, destinar un grupo humano a la categoría de no-humano y condenarlo a la esclavitud y al exterminio. No tengo que referirme a los genocidios de la Historia para que se comprenda el lado siniestro de esta clasificación que desconoce al semejante.

Cada cultura posee una visión de lo que constituye lo humano, y la humanidad llega hasta la frontera lingüística, étnica o religiosa que esa cultura trace. A menudo, los pueblos se llaman a sí mismos *los hombres*, *los verdaderos*. Más allá de los griegos, todos los no-griegos eran clasificados como *bárbaros*, primera acepción de la palabra extranjero; los indígenas taínos de las Antillas se llamaban a sí mismos, *los nobles*: este es el significado de la palabra *taíno*. Un ejemplo actual sería decirles que un haitiano empleará la palabra *negro* para referirse a otro haitiano, y llamará *blanco* a todos los que no son haitianos, así sean negros. Los bantúes de África son *los hombres de la tribu*, es decir, *los humanos*.

El hombre y la mujer bantú se hallan en un espacio intermedio, arriba están los antepasados que los protegen y les otorgan fertilidad, y debajo de la tierra están los ogros que viven en cavernas (como algunos animales que viven en cuevas) y son caníbales. A propósito de lo que acabamos de decir, anotemos que, en general, el canibalismo ha servido históricamente para establecer un límite entre lo humano y lo no-humano. Esto explica que tanto los africanos como los europeos que cazaban a los esclavos tuvieran el mismo temor: los africanos creían que los blancos los cazaban para comérselos y los europeos cazaban a los africanos porque eran caníbales, es decir, porque no eran humanos.

Esta perversa facultad de relegar a un grupo humano a la categoría de lo no-humano, esta des-humanización de una humanidad es la raíz de la ideología del racismo: ir segregando a aquellos que consideramos diferentes, más específicamente, ir arrinconando, empujando a aquellos cuya diferencia nos parece insostenible hasta excluirlos, hasta echarlos de la humanidad. Hemos dicho que *Homo Sapiens* es uno en su diversidad. Sin embargo, si uno o varios rasgos de esta diversidad (el color de la piel, la fe religiosa, determinadas costumbres) es tachado de peligroso, dañino o insostenible, se pone en marcha el mecanismo de la exclusión, mecanismo que puede tener consecuencias fatales... El racismo entonces revela una intolerancia extrema con las diferencias: el racista no tolera la presencia de lo que no es su imagen, y como Narciso quiere ver sólo su imagen en el espejo de la humanidad. Los negros, los indios, los judíos, pero también las mujeres, los gordos, los flacos, pero también los de derecha, los de izquierda, los comunistas, los extranjeros... Cualquier rasgo o condición puede ser satanizado y a partir de esa satanización condenar a la exclusión y a la desaparición.

El trabajo del espíritu comienza allí donde ya no reconocamos lo humano en nuestros semejantes. La primera tarea del investigador es entonces aceptar las diferencias y promover con su trabajo que la diversidad, que la variedad del mundo se manifieste en su esplendor y nos maraville. No será investigador aquel que vea al mundo apagado y sin relieves.

Los mitos que narran los orígenes de la humanidad y de la cultura comienzan por describirnos un espacio donde nada es, nada se distingue, un espacio sumido en la oscuridad y en las tinieblas. La imagen de lo informe es una de las imágenes primordiales del caos anterior a la creación. La creación, el *fiat lux, hágase la luz* es, en los mitos, la introducción de la diversidad y de

la diferencia en la oscuridad: la noche se diferencia del día como la luna del sol, como los abismos de los océanos de las cimas de las montañas, como las diferentes especies animales se diferencian entre ellas: los que vuelan, los que se arrastran, los que nadan y los que caminan... Homo Sapiens, en la metáfora de los héroes culturales, traza los límites y las relaciones entre la Naturaleza y la Cultura. Y naturaleza y cultura son siempre diversidad y diferenciación. Por cierto, los africanos a los que nos hemos referido a propósito de los ogros bantúes, marcan el límite entre el pueblo y la selva: allí donde termina el pueblo, la cultura, empieza la selva, la naturaleza, en oposición al orden civilizado. Los peinados de las trencitas que todos hemos visto y que todavía se ven en las cabecitas de las niñas de Barlovento, esos peinados que se han sofisticado y globalizado tanto desde que la consigna *Black is beautiful* los puso de moda en los años 60, son para los africanos un símil que aludía a la naturaleza domeñada. Ustedes seguramente han visto una cabeza de pelo chicharrón, y luego peinada con esas carreras derechitas que dejan como caminitos en el cráneo, en cada cuadrado una trencita que se anuda con la trencita del cuadrado siguiente. En Haití, este peinado que cuadrícula la cabeza se llama *siembra de batatas*, porque no hay nada más ordenado que la siembra de la batata. La cabeza peinada es, para los africanos, más que un símil, una metáfora que expresa el anhelo de poner orden en la selva enmarañada: el caos de un cabello chicharrón se domestica peinándolo y haciéndolo entrar en la norma, en la cultura.

Las relaciones que ahora establecemos entre diversas disciplinas sacándolas de sus compartimentos estancos y estableciendo vasos comunicantes entre ellas, entre la literatura y la antropología, entre la sociología y el arte, entre la poesía y la economía, nos han enseñado a leer los peinados y los arreglos femeninos y masculinos, las maneras en la mesa; la cestería y la alfarería nos han revelado secretos y relaciones insospechadas con el ambiente, hemos aprendido a leer las historias sentimentales de los objetos y los mensajes contenidos en las cosas y no las cosas mismas. Hemos comprendido que el conocimiento es, ante todo, un aprendizaje de la diferencia y una disposición para recibirla y permitirla. En su forma más poética y primigenia, la diferenciación como estrategia para conocer a la naturaleza y fundar, al mismo tiempo, la cultura, aparece, como hemos dicho, en los mitos de todos los tiempos y lugares. El paso de la naturaleza a la cultura, paso que implica la diferenciación de los dos ámbitos (en cada uno de nosotros y en lo externo) es la Tarea Inicial que ningún ser humano puede eludir en cuanto marca su entrada en el orden cultural. Los

mitos, sobre todo los que se denominan mitos de origen tienen que ver con esta diferenciación y con este tránsito hacia la cultura: “Comerás de todos los frutos de los árboles de este jardín menos de los de este árbol”, el árbol de la ciencia del bien y del mal. Entonces la Serpiente tentó a la primera mujer, y Eva no sólo probó y comió, sino que le dio a probar y a comer a Adán, la hermosa, roja y succulenta manzana del conocimiento, que aparecerá luego en los cuentos de hadas, en la mano huesuda de la bruja ofreciéndosela a la princesa.

Tú, niña, te quedarás aquí en casa vigilando las caraotas, que no se quemem, mientras yo voy detrás de la casa a mudar mi piel, recuerda que no debo ser molestada. La niña dijo sí, pero seguía a su abuela con sus ojos todo el tiempo... Primero, la abuela comenzó a deshacerse de su piel por las piernas, después por la barriga. Cuando llegó a su pecho, la niñita vino corriendo: abuela, abuela, las caraotas están empezando a hervir, por favor ven a revolverlas. Cuando la abuela oyó esto, la piel vieja se devolvió a su sitio. El proceso de rejuvenecimiento se había interrumpido. La anciana dijo: tú, mi nieta, has echado a perder mi cambio de piel. Ahora morirás y tus hijas y tus nietos también...

Y entre nosotros: una vez la Virgen y el Niño paseaban por las calles de Curiepe. La Serpiente que en esos tiempos caminaba de pie, asustó al niño que venía en un canasto. La Virgen se puso brava y le dijo:

- Maldita: arrastrada por los suelos andarás
- picaré, respondió la Serpiente
- daré contra, replicó inmediatamente la Virgen
- unos morirán y otros se salvarán.

El mito Congo de la niña y la abuela, como el mito bíblico, nos hablan de lo mismo, de una prohibición y de un riesgo, porque tan arriesgado es el conocimiento, la salida de las tinieblas, que Prometeo fue castigado eternamente por darle el fuego de los dioses a los hombres. Desde entonces, el hombre se separa de la naturaleza, pero tampoco alcanza a los dioses pues ha perdido el paraíso. Y el mito del altercado de la Virgen y la Serpiente en las calles de Curiepe también nos habla de una época feliz cuando las serpientes, tan temibles en Barlovento y en todas partes, no picaban. Pero cuando la Serpiente comenzó a picar de la rabia que le dio que la Virgen la maldijera, la Virgen instauró la *contra*, el conocimiento mágico que cura la picada de culebra, y

desde entonces, como dice el mito, unos mueren y otros se curan. Y las cosas ocurren por un error: a la Virgen se le ocurrió dar un paseo ese día, y esa niñita congoleña tan curiosa que no le hizo caso a su abuela, ¿Y por qué Eva se dejó tentar por la Serpiente? Criatura inquieta, perennemente desgarrada, esta criatura tan especial que somos todos nosotros, conoce, pregunta, se interroga, miente, duda, no entiende, omite, calla, inventa... y todo eso que es la maravilla ocurre porque la criatura habla, crea símbolos, mitos, cuenta historias que no son ciertas, recrea el pasado que no conoció, transfigura la realidad y entierra a sus muertos desde la época de los neandertales.

Mediante el estudio de los mitos americanos, Lévi-Strauss no sólo rescató y actualizó la noción de mito que algunos consideraban como quehacer de culturas antiguas, sino que mostró también la importancia del mito en la formación y expresión del pensamiento, al comparar mitos muy alejados en el tiempo y en el espacio, con los mitos que la cultura occidental considera clásicos como el mito de Edipo, por ejemplo. Si escogió los mitos de los aborígenes americanos fue también *por su gran belleza* como señaló en una ocasión:

Esta literatura oral americana contenida, como ya se sabe, en miles y miles de páginas, es tan bella, apasionante e importante como la *Iliada* y la *Odisea* para Grecia, como los libros sagrados de la India para el Extremo-Oriente y como la Biblia para nuestra tradición. (en Mallet, 2003, p.27)

Si todas las versiones del mito son el mito, como nos dice Lévi-Strauss, quiere decir que no hay mito original, pero quiere decir también que el discurso mítico de una sociedad permanece abierto y que una mitología nunca se cierra. No se cierra, porque todo mito puede tener una continuación, variantes nuevas pueden aparecer y nuevos mitos también pueden surgir. Podemos entonces comprender lo peligroso que resulta cuando a una sociedad se le confisca la posibilidad de confeccionar mitos y de transformarlos. Más peligroso aún resulta cuando en una sociedad se establece la tiranía del mito, tiranía que siempre excluye al diálogo: porque el orden del mito excluye al diálogo, no puede ser utilizado para sacralizar el pasado o, como dice Lévi-Strauss, para que *justifique o excuse toda suerte de aspiraciones confusas y nostálgicas que no se atreven a expresarse*. De aquí que le toca también al investigador diferenciar lo que Kérényi, estudioso de la mitología griega, denominaba *mito genuino*, el que surge del inconsciente y encuentra eco en la sociedad, de ese otro mito que el mismo Kérényi llamó *mito tecnificado*, construido a propósito para uso de la propaganda

política, mito que, como el opio, adormece a los pueblos y los sume en el letargo que anuncia la retirada del conocimiento.

Queridos estudiantes de posgrado: me siento muy honrada de haber sido escogida para la Lección inaugural del semestre de posgrado que comienza hoy. Lévi-Strauss, uno de los grandes humanistas de nuestro tiempo, nació en 1908. Su palabra está inscrita en el libro de la libertad. Queridos estudiantes, estimados profesores: no me queda más que invitarlos a hacer preguntas, a diferenciar, a abrir los ojos ante la diversidad del mundo y a propiciar que siempre se haga la luz y se disuelvan las tinieblas. Que el semestre que hoy inician, que los estudios que emprenden hoy, sirvan siempre para aumentar el esplendor de la diversidad.

Muchas gracias.

REFERENCIAS

Chacón, A. (1979). *Curiepe*. UCV.

De Ferdinandy, M. (1995). *Mito e historia: ensayos*. Ensayo en línea. <http://books.google.com/books> [consulta: 30 de mayo de 2010]

Knappert, J. (1971). *Mith & Legend of the Congo*. HEB.

Lévi-Strauss, C. (2002). *Mitológicas II. De la miel a las cenizas*. F.C.E.

Lévi-Strauss, C. (1955). *Tristes tropiques*. Edit. Plon.

Mallet, F. (2003). J'essaie de comprendre comment fonctionne l'esprit des hommes, «Lévi-Strauss: la etnología o la pasión por los demás». *Magazine littéraire* (dedicado a Lévi-Strauss) Hors-série n° 5. 4° trimestre, 2003, 26-29.